

ENFOQUES Y TEORÍAS SISTÉMICOS

El escepticismo acerca de la justeza de las teorías reduccionistas no nos dice qué clases de teorías sistémicas serían mejores. El hecho de explicar la política internacional en términos no políticos no requiere la reducción de la política internacional a la nacional. Debemos distinguir cuidadosamente entre la reducción desde el nivel del sistema al de la unidad y la explicación de los resultados políticos, ya sean nacionales o internacionales, por referencia a algún otro sistema. Karl Marx intentó explicar las políticas de las acciones por medio de sus economías. Immanuel Wallerstein intenta explicar la política nacional y la internacional por medio de los efectos que sobre ellas ejerce "la economía capitalista mundial" (septiembre 1974). Se sugiere allí un punto útil, aunque es un punto que Wallerstein rechaza intensamente: es decir, que diferentes sistemas nacionales e internacionales coexisten e interactúan. El sistema interestatal no es el único sistema internacional que podemos concebir. Wallerstein demuestra de muchas maneras interesantes de qué modo el sistema económico mundial afecta a las políticas nacionales e internacionales. Pero afirmar que la economía afecta a la política no implica la negación de que la política afecta a la economía y de que algunos resultados políticos tienen causas políticas. Wallerstein alega que "en los siglos diecinueve y veinte sólo ha habido en existencia un sistema mundial, la economía capitalista mundial" (p. 390). La argumentación confunde teoría con realidad e identifica un modelo de teoría con el mundo real, errores ya identificados en el capítulo 1. Una teoría política internacional sirve fundamentalmente para explicar los resultados políticos internacionales. También nos dice algo acerca de las políticas exteriores de los Estados y acerca de sus interacciones, económicas o no. Pero decir que una teoría de economía internacional nos dice algo acerca de la política,

y que una teoría de política internacional nos dice algo acerca de la economía no significa que una teoría pueda suplantarse a la otra. Al decirnos algo acerca de los seres vivos, la química no desplaza a la biología.

Se necesita una teoría sistémica de política internacional, pero, ¿cómo se puede construir una? Alan C. Isaak argumenta que la ciencia política no tiene teorías ni conceptos teóricos (1969, p. 68). La discusión precedente puede haber fortalecido esa argumentación por haber tomado en consideración solamente a las teorías económicas y sociales, teorías que pretenden explicar los resultados políticos sin la utilización de conceptos o variables políticas. "Si capitalismo, entonces imperialismo" es una ley *económica* de la política, una ley que diversas teorías económicas del imperialismo procuran explicar. ¿Podemos hallar leyes *políticas* para la política, y teorías políticas que las expliquen? Los que han intentado construir teorías sistémicas de política internacional afirman implícitamente que podemos, pues una teoría de política internacional solo es sistémica si halla parte de la explicación de los resultados en el nivel político internacional.

Este capítulo examina los enfoques de política internacional que son tanto políticos como sistémicos. ¿Qué es un enfoque sistémico? Una manera de responder a esta pregunta es comparar los enfoques analíticos y los sistémicos. El método analítico, preminentemente el método de la física clásica y en el que, por su inmenso éxito, suele pensarse como en *el* método de la ciencia, exige la reducción de la entidad a sus partes y el examen de sus propiedades y conexiones. Se comprende el todo estudiando sus elementos en su relativa simplicidad y observando las relaciones existentes entre ellos. Por medio de experimentos controlados, se examina la relación entre cada par de variables separadamente. Tras examinar de manera similar otros pares, los factores se combinan en una ecuación en la que aparecen como variables de la enunciación de una ley causal. Los elementos, desarticulados y aprehendidos en su simplicidad, son combinados o agregados para rehacer el todo, con tiempos y masas sumados como escalares y las relaciones entre sus distancias y fuerzas sumadas según las leyes vectoriales de adición (ver, por ej., Rapoport 1968, y Rapoport y Horvath, 1959).

Éste es el método analítico. Funciona, y funciona maravi-

llosamente, en los casos en que las relaciones entre diversos factores pueden resolverse en relaciones entre pares de variables mientras "otras cosas se mantienen iguales", y en los que se puede suponer que las influencias perturbadoras no incluidas en las variables son pequeñas. Como el procedimiento analítico es más simple, suele preferírsele al enfoque sistémico. Pero el análisis no siempre es suficiente. Solo será suficiente cuando los efectos a nivel sistémico estén ausentes o sean suficientemente débiles como para ser ignorados. Será insuficiente, y se requerirá un enfoque sistémico, cuando los resultados no sólo son afectados por las propiedades e interconexiones de las variables, sino también por el modo en que se organizan.

Si la organización de las unidades afecta su conducta y sus interacciones, entonces no podemos predecir los resultados o comprenderlos por medio del simple conocimiento de las características, los propósitos y las interacciones de las unidades del sistema. El fracaso de las teorías reduccionistas consideradas en el capítulo 2 nos da razones para creer que se necesita un enfoque sistémico. Cuando prevalece la similitud de resultados a pesar de los cambios de los agentes que parecen producirlos, debemos sospechar que los enfoques analíticos fracasarán. Algo funciona como limitación de los agentes o se interpone entre ellos y los resultados a los que tienden sus acciones. En política internacional, las fuerzas a nivel sistémico parecen tener participación. Por lo tanto, debemos intentar concebir sistemas políticos que sean de algún modo compatibles con su uso en las teorías sistémicas y en cibernética.¹ Un sistema, entonces, se define como un conjunto de unidades interactuantes. En un nivel, un sistema consiste en una estructura, y la estructura es el componente de nivel sistémico que posibilita pensar en las unidades como un conjunto diferente de una mera reunión. En otro nivel, el sistema consiste en unidades interactuantes.

El propósito de la teoría de sistemas es demostrar cómo operan e interactúan estos dos niveles, y eso requiere diferenciarlos entre sí. Podemos preguntar cómo se afectan mutuamente A y B y buscar una respuesta, sólo si A y B pueden diferen-

¹ He hallado las siguientes obras acerca de teoría de sistemas y cibernética especialmente útiles: Angyal (1939), Ashby (1956), Bertalanffy (1968), Buckley (1968), Nadel (1957), Smith (1956 y 1966), Watzlawick y otros (1967), Wiener (1961).

ciarse. Cualquier enfoque o teoría que sea llamado adecuadamente "sistémico" debe demostrar de qué modo el nivel sistémico, o estructura, es diferente del nivel de las unidades interactuantes. Si eso no se demuestra, significa que no tenemos un enfoque sistémico ni tampoco, en absoluto, una teoría sistémica. Las definiciones de la estructura deben omitir los atributos y las relaciones de las unidades. Sólo por ese medio podemos distinguir los cambios de estructura y los cambios que se llevan a cabo dentro de esa estructura.

Lo que las teorías sistémicas pretenden revelar es a menudo malentendido por sus críticos. Algunos alegan que la teoría sistémica sólo procura definir las condiciones de equilibrio y mostrar cómo pueden sostenerse, que la teoría de sistema sólo se ocupa del sistema como un todo. Otras alegan que la teoría sistémica procura demostrar de qué modo los sistemas determinan la conducta y la interacción de sus unidades, como si las causas sólo funcionaran hacia abajo. Que algunos teóricos se hayan limitado al primer propósito o hayan adoptado el segundo no es razón para limitar o condenar una teoría sistémica como tal. En política internacional las preocupaciones adecuadas, y los posibles logros de la teoría sistémica son dobles: primero, trazar las carreras esperadas de diferentes sistemas internacionales, por ejemplo, indicando su duración y grado de paz posibles; segundo, mostrar de qué modo la estructura del sistema afecta a las unidades interactuantes y cómo éstas, a su vez, afectan a la estructura.

Un enfoque sistémico concibe al sistema político internacional como lo muestra la Figura 3.1. Para convertir en teoría un enfoque sistémico, debemos desplazarnos desde la vaga y usual identificación de las fuerzas y efectos sistémicos a su especificación más precisa para decir qué unidades comprende el sistema, indicar los pesos comparativos de las causas sistémica y subsistémica y demostrar de qué modo las fuerzas y los efectos cambian de un sistema a otro. Examinaré las obras de tres prominentes teóricos sistémicos para ver si estos objetivos se cumplen, y con qué grado de eficiencia.

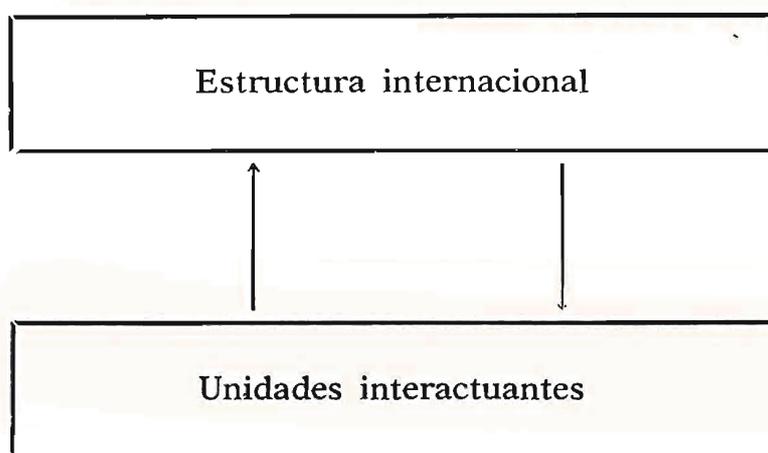


FIGURA 3.1.

I

Para Richard Rosencrance, el sistema político internacional aparece como se ve en la Figura 3.2 (1963, p. 229). Su marco de referencia está compuesto por cuatro elementos: 1) una fuente disruptiva o entrada; 2) un regulador, y 3) una tabla de limitaciones contextuales que traducen a los números uno y dos en 4) resultados (1963, pp. 220-21). Los Estados son los disruptores —más aún, por ejemplo, si sus élites son revolucionarias y controlan inestablemente una buena cantidad de recursos disponibles, y menos si sus élites son conservadoras y tienen asegurado el control de un suministro restringido de recursos. El regulador aparece en diferentes períodos históricos como una institución tal como el Consejo Europa o la Liga de las Naciones, o como un proceso informal por el cual algunos Estados se oponen a la acción perturbadora de otros Estados, tal vez por medio de alianzas y de políticas de equilibrio de poder. El contexto es el conjunto de limitaciones físicas que influye sobre la política —la cantidad de tierra colonizable, por ejemplo, en una época de actividad imperialista (1963, pp. 224-230). ¿Dónde, en esta formulación, hay una noción de algo a nivel sistémico que condicione la conducta de los Estados y que afecte los resultados de sus interacciones? La respuesta es “en ningún lado”. Rosencrance no ha desarrollado una teoría, simplemente ha bosquejado un marco de referencia. Lo que aparezca como los factores

más importantes de un período particular de la historia entra en este marco de referencia. Se utiliza, entonces, un lenguaje sistémico para describir las interacciones y los resultados.

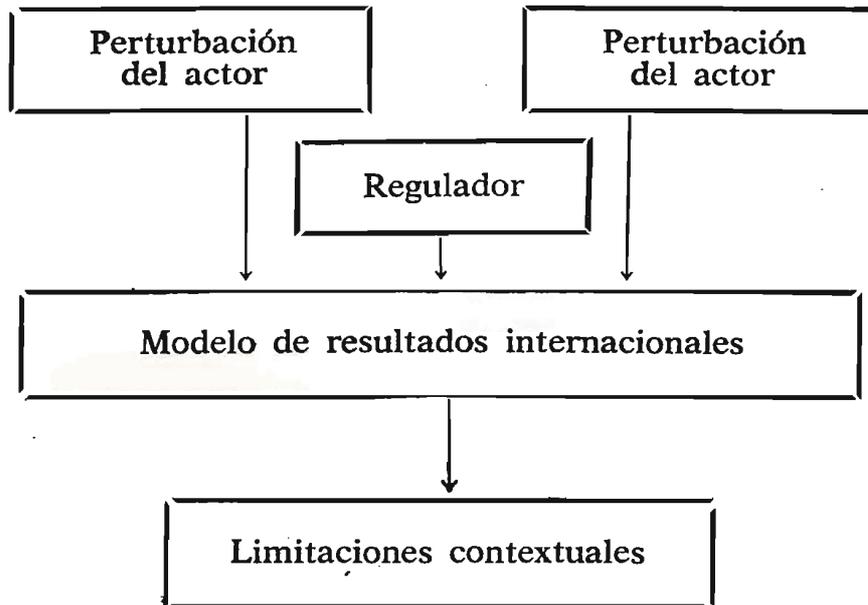


FIGURA 3.2.

Más aún, el autor ha construido de tal manera su marco de referencia que puede determinar la conclusión a la que llega. Anuncia un "descubrimiento" que, según cree, es contrario a los enfoques venerables y a los actuales: que la inseguridad doméstica de las élites tiende a ser correlativa de la inestabilidad internacional (1963, pp. 304-305). La correlación no es, aparentemente, muy elevada. Según Rosencrance, ni Napoleón ni Hitler temieron una "revuelta de las constituciones domésticas", no obstante lo cual ellos dos fueron los mayores perturbadores de los 220 años cubiertos por Rosencrance. Durante el período 1945-1960, el bloque neutral, con élites inseguras, aparece junto con las Naciones Unidas como el regulador del sistema (1963, pp. 210-11, 266). No obstante, por alta o baja que sea la presunta correlación, Rosencrance no puede llegar a ninguna conclusión más que la de que la conducta de los actores determina los resultados internacionales. Para los Estados, su enfoque prescribe el rol de "perturbadores"; los Estados también están prominentemente incluidos dentro de los reguladores de los sistemas.

Como el contexto es puramente físico y como no hay ningún otro elemento que opere a nivel sistémico que sea postulado o identificado, los sistemas internacionales sólo pueden ser determinados por sus unidades consideradas como actores.²

En su mayor parte, estos comentarios no son críticas a Rosencrance; en cambio, son descripciones de lo que el autor ha hecho. Presenta los componentes de sus sistemas y entonces, según sus palabras, procura demostrar “de qué modo los cambios de estos componentes producen cambios en el sistema internacional”. Llama a su tarea un “análisis sistemático empírico”. Es empírico y analítico, pero no sistemático, a menos que la palabra sea simplemente utilizada para sugerir que se ha seguido un método ordenado. No es sistemático en ningún otro sentido, pues los componentes producen todos los cambios, y ninguno de ellos se halla a nivel sistémico. “El cambio en el sistema, la estabilidad y la inestabilidad”, dice, “no son interdependientes” (1963, pp. 220, 232). Los sistemas, tal como él los describe, no afectan las acciones ni las interacciones de los Estados. Esto resulta obvio a partir de su descripción del sistema político internacional en diversas épocas. Las políticas internacionales desde 1789 hasta 1814, y desde 1918 hasta 1945, por ejemplo, son llamadas “bipolares”. Nadie podría, o al menos nadie debería, creer que la bipolaridad caracterizó absolutamente a esas épocas, pues ¿por qué entonces Napoleón estaba tan satisfecho de luchar contra coaliciones? Gran parte de la política de ambos períodos se centraba en el intento de conformar y mantener coaliciones mientras la otra parte intentaba impedir las o romperlas. Las coaliciones finalmente se forjaron en el crisol de la guerra, y demostraron ser muy poco confiables, especialmente en el primero de ambos períodos. Lo que Rosencrance llama bipolaridad en esas épocas no puede ayudar a explicar las políticas. La bipolaridad se usa como un término que describe la alineación de Estados a fines de esas épocas más que como término que describe una estructura política condicionante de los actos de los Estados y que influye sobre los

² En un libro posterior (1973), un texto universitario, Rosencrance se basa más en el sentido común y lucha menos por lograr innovación teórica y rigor. No he comentado acerca de él, pero debo mencionar que allí modifica muchas de sus conclusiones anteriores.

resultados. A nivel sistémico, encontramos resultados; a nivel subsistémico, causas.

El enfoque de Rosencrance es reduccionista, no sistémico. Sin embargo, su obra representa uno de los principales usos del enfoque sistémico dentro de la política internacional: como fuente de vocabulario y como conjunto de categorías para la organización de un tema complejo. ¿De qué modo es útil esta taxonomía? ¿Hasta qué punto es buena la escritura histórica? Su obra debe ser juzgada en esos términos y no como teoría sistémica.

II

Especialmente en sus primeros trabajos, Stanley Hoffmann parece diferir de manera decisiva con respecto a Rosencrance, su ex-discípulo. Hoffman define “un sistema internacional” como “un esquema de estructuras entre las unidades básicas de la política mundial”. La “estructura está mayormente determinada por la estructura del mundo”, entre otras cosas (1961, p. 90). Esto parece señalar hacia una teoría sistémica que contiene una estructura concebida como un verdadero elemento a nivel sistémico. Esa estructura, desafortunadamente, es definida de manera tan vaga e inclusiva que acaba por perder cualquier significado claro. Esto no es un infortunio accidental sino una consecuencia necesaria de los métodos y objetivos de Hoffmann. Permítaseme explicar.

Primero, según Hoffmann, “el sistema internacional es tanto un esquema analítico como un postulado”. Como “esquema analítico” o “construcción intelectual”, el sistema es una manera de organizar datos abundantes y complejos. Los sistemas son abstracciones. Como postulado, el sistema es una aserción “de que hay perceptibles esquemas de relaciones y variables claves que pueden ser discernidas sin artificialidad o arbitrariedad”. Los sistemas entonces son también realidades, y esa noción domina toda la obra de Hoffmann. El siguiente pasaje es una expresión clave de su método y sus aspiraciones:

Una sociología histórica de la política internacional debe intentar el estudio de los sistemas internacionales que han emergido en la historia del mismo modo que los científicos

políticos estudian los sistemas políticos domésticos reales (en contraste con los imaginarios).

Cree certera la existencia de sistemas domésticos; la existencia de sistemas internacionales es "más hipotética". El estudiante de política internacional, por ello, debe buscar realidad con máximo empeño. Debe investigar las relaciones existentes entre unidades que sean "regulares" y que "alcancen un cierto nivel de intensidad", buscando unidades que posean "una módica conciencia de su interdependencia", y un componente específicamente internacional que sea distinto y separable de los asuntos internos de las unidades (1961, pp. 91-92; 1968, pp. 11-12).

Estos puntos revelan los fundamentos del método de Hoffmann. Cuando escribe que es "verdadera" la "existencia" del sistema político doméstico, está suponiendo que el enfoque sistémico de la política requiere que el estudiante defina y describa el sistema político como "real" y adopte una definición particular de sistema. Lo que tomo como obvio resulta sin duda problemático. De ninguna manera es evidente que se deba tomar la existencia de un sistema político doméstico como algo verdadero. Los gobiernos existen, pero también podemos pensar que los sistemas políticos son meras concepciones intelectuales (Manning, 1962, p. 3). Sin duda, a menos que lo hagamos, no hay razón ni sentido para el sistema como concepto, como enfoque o como posible teoría.

No obstante, Hoffmann deja de escribir rápidamente acerca de los sistemas políticos como concepciones intelectuales, para dedicarse a esos sistemas como realidades. Por cierto se demora tan poco en la primera parte que el significado mismo de sistema como concepción resulta elusivo. ¿Si uno debe buscar sistemas internacionales reales, qué ruta debe seguir? A partir del conocimiento de las partes, debemos inferir acerca del todo. Sólo las partes pueden observarse, trazando el curso de sus acciones, discerniendo sus propósitos. Así, Hoffmann alaba a Raymond Aron por su "rechazo de cualquier ciencia que da, para las formas de conducta que estudia, explicaciones *contrarias o divorciadas* del significado comprendido por los participantes". Y, añade Hoffmann, "uno debe comenzar por las formas de conducta y agentes característicos" (1963a, p. 25). Hoffmann se auto-describe como discípulo de Montesquieu, de Tocqueville y de

Aron (1964, p. 1269). El método de los maestros es la sociología histórica, y ése es un enfoque inductivo.

Los comentarios precedentes nos permiten comprender cómo piensa Hoffmann los sistemas y por qué los concibe de esa manera. Estos comentarios también explican por qué el enfoque de Hoffmann no resiste. Para sostener un enfoque sistémico, debemos estar en condiciones de decir cuáles cambios representan el funcionamiento normal de las partes del sistema y cuáles cambios marcan un desplazamiento de un sistema a otro. Hoffmann sólo puede distinguir arbitrariamente entre esas clases de cambio porque ha mezclado elementos a nivel de la unidad con elementos a nivel sistémico en su definición de estructura. La mezcla de elementos se produce necesariamente porque no se puede desarrollar inductivamente la descripción de un sistema y el criterio por el cual los cambios de un sistema se diferencian de los cambios entre sistemas. Como las entidades que se observan y las interacciones entre ellas *son* el sistema, es imposible que cualquier teoría o lógica separe los cambios dentro del sistema y los cambios entre sistemas.

Entonces, ¿cómo hace Hoffmann para distinguir entre un sistema y otro? Cree que por medio de las comparaciones históricas resaltan cambios importantes, y que es posible decir que cada cambio importante es un cambio de sistema. Toma por cambios *de* sistema los grandes cambios *dentro* de los sistemas. Los ejemplos económicos demuestran fácilmente por qué este método no funciona. Si los economistas confundieran los cambios a nivel de la unidad con los cambios a nivel del sistema, afirmarían que una economía competitiva, o un sector oligopólico, cambia su carácter a medida que se producen descubrimientos tecnológicos de importancia o a medida que se producen revoluciones gerenciales dentro de las firmas. Las teorías de una economía competitiva o de un sector oligopólico pueden ser mejoradas o reemplazadas por otras, pero la aplicabilidad de esas teorías no se pone en cuestión a causa del cambio tecnológico o de los cambios dentro de las firmas. El hecho de denominar cambios de sistema a los cambios dentro de un sistema imposibilita absolutamente el desarrollo de la noción de sistema en una teoría que posea algún poder explicativo. Y, sin embargo, Hoffmann sigue precisamente ese camino al escribir acerca de política internacional. Ve la emergencia de un nuevo sistema

cada vez que las “unidades en potencial conflicto” cambian de forma, cada vez que “una innovación fundamental de la tecnología del conflicto” se produce, y cada vez que “el panorama de los propósitos de las unidades” se achica o expande (1961, pp. 92-93). Los sistemas proliferarían desenfrenadamente si se aplicaran estos criterios. En realidad lo que impide su aplicación es la complejidad que de ello resultaría. La generalidad del criterio de Hoffmann, sin embargo, permite que el estudioso anuncie el nacimiento de un nuevo sistema cada vez que le resulte conveniente. “Sistema” con un adjetivo prefijado —revolucionario, moderado, estable, bipolar, multipolar, etc.— se convierte en una etiqueta o un título adjudicado a una época después de haber sido dibujada y descripta imaginativamente. “Sistema”, entonces, no explica nada; lo que lo define es la exhaustiva descripción de todo, y se dice que surge un nuevo sistema cada vez que es posible cambiar la descripción en cualquier sentido importanté. Los sistemas se multiplican hasta el punto en que se dice que diferentes sistemas políticos han existido al mismo tiempo y en una misma escena (Hoffmann, 1968, pp. 356-57; Rosencrance, 1966, pp. 320-25). Cuando los fenómenos que requieren explicación parecen ser distintos, se producen diferentes sistemas con el presunto objeto de explicarlos. En realidad, los sistemas meramente reflejan las variaciones que han sido observadas y descriptas.

Progresivamente, Hoffmann se las arregla para situar todo dentro de la estructura. En *International Systems and International Law*, la constitución interna de los Estados y las armas tecnológicas a su disposición no parecen ser elementos estructurales (1961). En *Gulliver's Troubles*, ya se han convertido en eso (pp. 17, 33). Una causa estructural es inventada para cada efecto, y esto se hace de un modo que convierte al enfoque en reduccionista. Como se dice que los atributos y la conducta de las unidades son elementos estructurales, las causas a nivel sistémico terminan por entremezclarse con las causas a nivel de la unidad, y estas últimas tienden a ser dominantes. Aunque Hoffmann no llega a los extremos de Rosencrance, se aproxima a ellos. Hoffmann define a la estructura en parte según la disposición de las partes (la estructura de poder), y en parte según las características de esas partes (la homogeneidad o heterogeneidad de los Estados). Las características concretas de los

Estados —la ambición de los gobernantes, los medios que emplean, el grado de integración nacional, las propiedades de las instituciones políticas— todas ellas son parte de su definición de estructura (1961, pp. 94-95; 1968, pp. 17-18). En la práctica, su explicación de las políticas nacionales y de los acontecimientos internacionales se basan casi enteramente en la constitución de los Estados y de los estadistas.

En efecto, Hoffmann define “estructura” como una colección de ítems que se supone ejercen una importante influencia sobre la política exterior y sobre los resultados de las interacciones nacionales. Al hacerlo, produce una confusión de causas y una mezcla de causas y efectos. Situar la configuración de poder y la homogeneidad o heterogeneidad de los Estados en una única definición de estructura es combinar elementos situados en distintos niveles de abstracción. La “configuración de poder” abstracta de todas las características de los Estados excepto de sus capacidades. El hecho de incluir la homogeneidad o heterogeneidad de los Estados como elementos estructurales da mayores contenidos a la definición, disminuyendo así el nivel de abstracción. Ello requiere que no sólo nos preguntemos de qué son capaces los Estados físicamente sino también cómo están organizados políticamente y cuáles serán sus aspiraciones e ideologías. La estructura, entonces, contiene elementos a nivel de la unidad que pueden ser afectados en sí mismos por las características de la estructura a nivel sistémico.

El efecto práctico de combinar diferentes niveles en una sola definición de estructura es imposibilitar la respuesta, e incluso impedir la pregunta, de cuestiones tan importantes como éstas: ¿De qué modo la estructura definida como configuración de poder afecta las características de los Estados —sus aspiraciones, su elección de medios, y posiblemente hasta su organización interna? E, inversamente, ¿hasta qué punto son sensibles las diferentes estructuras internacionales a las variaciones de la organización interna y de la conducta de los Estados independientes? El método de Hoffmann sólo le permite describir los sistemas internacionales, o más bien expresar la impresión que tiene de ellos. No le permite explicar qué les pasa a los sistemas o qué ocurre dentro de ellos. Y, no obstante, alega hacerlo. Hace una distinción, por ejemplo, entre los sistemas “modernos” y los “revolucionarios”. Los primeros son multipolares con respec-

to a la distribución de poder, y homogéneos en términos de los propósitos de los Estados y de los métodos que ellos emplean. Los segundos son bipolares en la distribución de poder y heterogéneos en términos de las cualidades de los Estados (1968, pp. 12-14; 1965, pp. 89-100). Si los factores causales han sido identificados con cuidado, las categorías deberían ser útiles. Las categorías son útiles si dan lugar a un rango de expectativas que corresponde al destino histórico que han experimentado los distintos sistemas internacionales. Por eso, es de algún modo desalentador leer que “el sistema actual es también de relativa moderación”, y enterarse además de que esta “estabilidad se logra *a pesar de* los propósitos revolucionarios y *a pesar de* la evidente bipolaridad” (1968, pp. 20, 33; el subrayado es suyo).³

Esta conclusión deja en claro que para Hoffmann la estructura como concepto a nivel sistémico no nos explicará mucho ni nos dirá qué acontecimientos internacionales caerán probablemente dentro de rangos particulares definibles. Hoffmann tiene problemas para pensar que las estructuras bipolares y multipolares puedan afectar las aspiraciones y la conducta de los Estados. No puede seguir muy duradera ni coherentemente esa línea de pensamiento por razones que se revelan en un comentario que hace acerca de sistemas internacionales anteriores: “La moderación o inmoderación de un sistema”, escribe, “podía medirse por medio del examen de los propósitos de las principales unidades” (1968, pp. 33). Es cierto que a veces considera las influencias sistémicas, pero siempre parecen ser fácilmente superadas, si no por medio de la tecnología armamentista, entonces gracias a la ambición de los gobernantes. Su sistema es tan adornado que puede elegir cualquiera de los muchos elementos de la estructura —la mayoría de los cuales se hallan a nivel subsistémico— y decir que en *este* caso *tal* elemento justifica los resultados. Lo que es importante, entonces, es la evocación de los sistemas de Hoffmann, pues sus efectos son asignados de manera subjetiva y bastante arbitraria.

³ La respuesta obvia pero poco útil sería decir que los armamentos nucleares tornan moderado a un mundo bipolar, y en ocasiones Hoffmann ha dicho eso. Pero la respuesta tan sólo evade la pregunta o demuestra que se ha abandonado el enfoque sistémico, pues de inmediato deseamos saber qué diferencias deben esperarse en los efectos de los armamentos nucleares a medida que el sistema varía (ver capítulo 8).

Hoffmann constantemente demuestra ser discípulo de Aron. Sus compromisos teóricos son idénticos, ambos tienden persistentemente a explicaciones del tipo "de adentro hacia afuera". Como lo expresa Aron, "los principales actores han determinado el sistema mucho más de lo que han sido determinados por él" (1966, p. 95). Para Hoffmann, tanto como para Aron, los resultados están mucho más determinados por las unidades que influidos por el sistema. Tal vez estén en lo cierto. Sin embargo, pensaríamos que una pregunta básica que debe ser explorada es, precisamente, si los efectos sistémicos y de las unidades varían en fuerza de un tipo de sistema a otro. Aron y Hoffmann han dado una respuesta arbitraria a esta pregunta. Solo merced a esa respuesta arbitraria pueden insistir en que el teórico preserve una supuesta correspondencia entre la significación de los participantes y las formas de su conducta.

Tan profundo es el compromiso de Hoffmann con las explicaciones desde adentro hacia afuera que, incluso, moldea a Rousseau a su propia imagen. De manera preeminente dentro de los teóricos políticos, Rousseau acentuó la imposibilidad de inferir resultados a partir de la mera observación de los atributos y la conducta de los participantes. Siempre debe considerarse el contexto de la acción, ya sea ocupándose de los hombres o de los Estados, pues el contexto mismo afectará los atributos, la conducta y los propósitos y alterará también los resultados. Hoffmann, sin embargo, cree que "la solución de Rousseau al problema de la guerra y la paz" es ésta: establecer "Estados ideales en todo el mundo, y así se producirá la paz, sin necesidad de una liga mundial a la manera de Kant" (1963b, p. 25). De manera interesante, Rousseau rechaza esa posibilidad y llega, incluso, a ridiculizarla.⁴

Sin embargo, es posible hallar evidencias que respalden casi cualquier interpretación en un autor que escribe profundamente y con largueza acerca de asuntos complicados. Cuando Rousseau señala una esperanza para la paz entre Estados altamente autosuficientes que tengan poco contacto entre sí, Hoffmann le atribuye la idea de que las cualidades internas de esos

⁴ "Así, no es imposible", dice un enunciado representativo de las obras de Rousseau, "que una república, aunque esté en sí misma bien gobernada, participe en una guerra injusta" (1762, pp. 290-291; ref. Waltz, 1959, pp. 145-186).

Estados —sus bondades— serían la causa de la paz que reinaría entre ellos. En cambio, Rousseau da una explicación ambiental: los Estados pueden tener pocos conflictos si se relacionan entre sí escasamente y de manera distante. La interpretación de Hoffmann es coherente con sus propias predilecciones teóricas, sin embargo, y son ellas las que lo llevan a atribuirle a Rousseau conclusiones acerca de la política internacional que subvertirían en realidad toda su filosofía política.

El ensayo acerca de Rousseau, brillante a su manera aunque profundamente contrario a la filosofía de ese autor, ejemplifica la fuerza que pueden generar los compromisos teóricos. Esa fuerza afecta a las interpretaciones del mundo y a las de otros teóricos. Escribiendo acerca de política internacional en la década de 1970, Hoffmann anuncia el fin del mundo bipolar, declara que está emergiendo un mundo con cinco unidades principales y argumenta que ese mundo podría prestarse a la moderación y la estabilidad que se disfrutaron antes y después de la Revolución Francesa. Pero ya había declarado previamente que el mundo bipolar era también bastante moderado y estable (marzo 6, 1972, p. 33; marzo 7, 1972, p. 39; ref. 1968, pp. 363-64).

Los cambios de expectativas no se asocian de ninguna manera coherente con los cambios del sistema. El descuido con el que se extraen esas inferencias sistémicas es sólo igualado por la vaguedad con la que se define el sistema. Tras dar la bienvenida al advenimiento de un mundo con cinco poderes, Hoffmann añade de inmediato que las capacidades de los cinco actores principales no son comparables. Si es que vamos a contar, debemos contar cosas que sean iguales. Hoffmann descubre, no obstante, que dos de los actores son "superpoderes", los otros tres no lo son. Se llega al número cinco sumando distintas clases de cosas. Pero eso en realidad no importa, pues lo que es un sistema, o aquello en lo que se convierte, no depende de la configuración de poder de los Estados sino de sus políticas y conductas. Esto está bien demostrado en su conclusión. A menos que Estados Unidos empiece a intentar cumplir propósitos adecuados por medio de tácticas efectivas, dice, "podemos, en el mejor (¿o el peor?) de los casos, llegar a tener un mundo tri-polar". Como siempre, se llega a la conclusión de modo reductivo. El status de otros países, y el carácter del sistema internacional, son definidos en términos de la política norteamericana.

Los Estados producen sus situaciones. Por supuesto, uno está de acuerdo con esa afirmación. Pero los enfoques sistémicos examinados hasta este momento tienden a romper su evaluación de las causas en este punto. Como el peso de las causas a nivel sistémico y a nivel de la unidad puede variar de un sistema a otro, la tendencia es desafortunada. Decir que sería útil considerar la política internacional a partir de los niveles sistémicos no es lo mismo que afirmar que el sistema determina los atributos y la conducta de los Estados, sino más bien implica mantener abierta la cuestión, teóricamente interesante y prácticamente importante, de cuál puede ser, en los diferentes sistemas, el peso causal proporcional de los factores a nivel sistémico y a nivel de la unidad.

El mismo Hoffmann ha demandado la existencia de una revolución copernicana dentro de la política internacional (1959, p. 347). Esa revolución exigiría considerar la política internacional a partir de una perspectiva a nivel sistémico. Hoffmann—con su insistencia acerca de que los sistemas son reales, de que los actores deben ser conscientes de ellos, de que las categorías de los teóricos deben corresponder a los propósitos de los estadistas—no puede hacer la revolución que demanda. En ausencia de una revolución copernicana, Hoffmann se queda con la solución ptolomeica. La astronomía ptolomeica proyectaba el movimiento de la tierra sobre los cuerpos celestes y compensaba el desplazamiento por medio del ingenio geométrico. La política internacional ptolomeica deja afuera el análisis de los efectos que puede ejercer el sistema en general y luego recobra esos efectos de manera impresionista a nivel de los atributos y de la conducta nacional. Es por eso que Hoffmann debe proclamar el surgimiento de un nuevo sistema cada vez que se produce un cambio advertible dentro de las unidades que constituyen el sistema internacional.

El enfoque de Hoffmann tiene considerable mérito, que las críticas precedentes no deben oscurecer. Su concepción de sistema y estructura incluye todos los factores que los estudiosos de la política internacional deben tomar en cuenta; concibe un sistema como estructura de relaciones, el sistema como poseedor de una estructura generalizadora, y la estructura como reunión de elementos que influyen sobre la conducta de los gobernantes y las operaciones de los Estados que conforman el

esquema de relaciones. Sin embargo, la incapacidad de resistir la tentación de poner de todo dentro de la estructura imposibilita la utilización del marco de referencia de Hoffman para un sistema como base de una teoría de política internacional que identificaría elementos distintos, definiría diferentes niveles de abstracción, intentaría establecer relaciones causales y procuraría hallar esquemas de conducta recurrentes y rangos de efectos asociados a diferentes sistemas internacionales. Su instrucción para los estudiantes de política internacional se acerca peligrosamente a esto: recuerden que cualquiera de muchos factores puede afectar las relaciones de los Estados. El conocimiento de la historia y de los asuntos públicos capacitará supuestamente a los hombres inteligentes para imaginar cuáles factores ejercen los efectos más serios en un determinado momento.

Hoffmann no ha desarrollado una teoría sino que, en cambio, ha exhibido un fuerte compromiso con respecto a determinado enfoque intelectual. Este enfoque da coherencia a sus juicios. Su compromiso con la realidad del sistema internacional, y su convicción de que los estadistas deben "ver" correctamente el sistema con el objeto de actuar efectivamente, han hecho que su escritura sea vívida. La sensibilidad de la percepción y la agudeza de su penetración son impresionantes, pero cualquier atisbo de teoría sigue siendo allí tosco y confuso. Cualquier enfoque de la política internacional que sea apropiadamente llamado sistémico debe al menos tratar de inferir algunas expectativas acerca de los resultados de la conducta de los Estados y de sus interacciones a partir del conocimiento de los elementos a nivel sistémico. Para Hoffmann, y especialmente para Rosencrance, las explicaciones importantes se hallan a nivel de los Estados y los estadistas; el nivel sistémico se convierte así en todo producto pero no es para nada productivo. Por cierto, uno se siente presionado para descubrir un enfoque sistémico que considere a la estructura como un concepto a nivel sistémico que ejerza en realidad algún impacto causal. Morton A. Kaplan parecería ser uno de los principales teóricos que es elaborada y coherentemente partidario de ese enfoque. Aunque llama a su intento de teoría un "sistema de acción", las características notables de sus seis sistemas parecen hallarse en los principios organizadores y en sus configuraciones de poder. El autor parece, además, derivar algunas explicaciones de los resultados a partir de las dife-

rencias existentes entre estos elementos. Más aún, su obra suele ser descripta, o alabada y condenada, por hacer precisamente eso. Robert J. Lieber, por ejemplo, dice en su útil reseña panorámica de este campo que "los modelos de Kaplan reflejan la suposición de que la estructura de un sistema complejo tiende a determinar su desempeño característico" (1972, p. 134). Stanley Hoffmann, en la misma convicción, condena a Kaplan por pasar por alto la diversidad de los Estados, por dotar a los sistemas de voluntad propia, por suponer que los sistemas asignan los roles a los actores, por creer que las estructuras plantean las necesidades y determinan los objetivos, y por ignorar a las fuerzas domésticas (1959, pp. 360-61).

Es cierto que en un libro que intenta desarrollar una teoría de política internacional, Kaplan con toda corrección y naturalidad plantea algunas suposiciones simplificadoras y no escribe extensamente acerca de las diversidades nacionales y de las fuerzas domésticas. La importante pregunta teórica, sin embargo, es ésta: ¿Cómo define, sitúa, evalúa e interrelaciona las fuerzas causales que operan en diferentes partes y a diferentes niveles del sistema? Con respecto a esta cuestión, la descripción de Lieber y la crítica de Hoffmann son erróneas. Veamos lo que ha hecho Kaplan.

Aunque el autor no alega haber desarrollado una teoría completamente deductiva, sus afirmaciones son suficientemente audaces como para dejarnos sin aliento. En 1964, reflexionando acerca de su obra publicada siete años antes, Kaplan afirmó que su teoría prescribe la conducta estatal óptima en ciertas condiciones, predice la conducta en presencia de estadistas racionales y completamente informados, y explica o predice los resultados como parámetros aparte de sus valores de equilibrio.⁵ Estas afirmaciones son extraordinarias. Desafortunadamente, el desempeño no está a su altura. Expresar el por qué del fracaso de Kaplan en su esfuerzo por construir una teoría sistémica de política internacional puede señalar el camino para intentos más exitosos.

Kaplan examina seis sistemas: equilibrio de poder, bipolar

⁵ Ver los prefacios no numerados de las ediciones de 1957 y de 1964. Ambos prefacios están incluidos en la edición ulterior, que es en todo otro aspecto idéntica a la anterior.

laxo, bipolar, severo, veto de la unidad, universal y jerárquico.⁶ Luego identifica cinco “variables” que son suficientes para describir el estado de cada sistema. Son “las reglas esenciales del sistema, las reglas de transformación, las variables clasificatorias del actor, las variables de capacidad y las variables de información” (1964, p. 9). La importancia relativa y las interacciones de las cinco variables no se indican y, como no lo están, el enfoque sistémico de Kaplan no puede constituir una teoría.⁷ Una de las cinco variables, “las reglas esenciales del sistema”, sin embargo, parece ser la de mayor peso.

De los seis sistemas de Kaplan, el sistema del equilibrio de poder es el que recibe la mayor atención. Es definido de manera arbitraria, con la mirada puesta en el siglo diecinueve, como poseedor de un mínimo de cinco actores principales.⁸ Sus reglas son las siguientes:

1. Actuar para incrementar las capacidades, pero negociar antes que luchar.
2. Luchar antes que dejar pasar la oportunidad de incrementar las capacidades.
3. Dejar de luchar antes que eliminar un actor nacional esencial.
4. Actuar para oponerse a cualquier coalición o actor independiente que tienda a asumir una posición predominante con respecto al resto del sistema.
5. Actuar para limitar a los actores que suscriben principios organizadores supranacionales.
6. Permitir que los actores nacionales esenciales limitados o derrotados vuelvan a integrarse al sistema como socios aceptables o actuar para hacer que un actor que antes no fuera esencial entre dentro de la clasificación de actor esencial. Tratar a todos los actores esenciales como socios de rol aceptables.

⁶ Aunque todos ellos son designados “internacionales”, los dos últimos tienen subsistemas políticos y por ello no se adecuan a su propia definición de un sistema internacional (1964, pp. 14, 21, 45).

⁷ Acerca de la distinción entre un enfoque y una teoría sistémica, ver Gregor (1968, p. 425).

⁸ Para una explicación de la arbitraria cualidad de la definición, ver más adelante.

En distintas páginas, Kaplan dice que las seis reglas tienen todas las siguientes características: son descriptivas y prescriptivas; son esenciales, interdependientes y están en mutuo equilibrio; y, como prescripciones para los actores, son incoherentes y contradictorias (1964, pp. 9, 25, 52-53). Sin duda, poseen estas últimas cualidades, tal como lo ha demostrado de manera concluyente William H. Riker. Por razones que él mismo revela, “en algún punto los participantes se ven necesariamente enfrentados con un conflicto de reglas, en cuyas circunstancias deben decidir seguir una regla y no otra”. Específicamente, la obediencia a las reglas 1 y 2 en ciertas condiciones llevará a la violación de la regla 4 y posiblemente también a la violación de la regla 3 (1962, p. 171-73).

- A. Actuar de la manera más económica posible para incrementar las capacidades (1 y 2 de Kaplan)
- B. Protegerse de todos los otros que actúen en concordancia con la regla A (4 y 5 de Kaplan)
- C. Actuar para mantener el número de unidades esenciales para el sistema (3 y 6 de Kaplan)

Tal como señala Kaplan, la regla A es “egoísta”, y la regla B es “racional” o, mejor diríamos, de sentido común. La regla C, sin embargo, depende para su funcionamiento de los Estados independientes que sean socializados dentro del sistema, es decir, de su adopción de los requerimientos del sistema como programa para sus propias actividades (1964, pp. 23-27). Las reglas A y B tienen sus contrapartes en la teoría microeconómica: procurar beneficios por todos los medios permitidos, y protegerse de otras firmas que compiten entre sí. Si la regla C fuera traducida a términos económicos, diría: no lleve a la quiebra a ninguna firma esencial. La suposición de que las firmas se adecuarían a esa regla no tiene lugar dentro de la teoría económica, pues es evidente que esa regla entraría en conflicto con la suposición de que los hombres y las firmas son maximizadores de ganancias. La aceptación de normas internacionales, o la socialización de los Estados en un sistema internacional, puede, por supuesto, llevarse a cabo. Kaplan convierte este re-

sultado posible en una suposición del sistema.⁹ Convierte una variable dependiente en independiente. Bien podríamos buscar regulaciones “legales” dentro de los asuntos de los Estados. Sin embargo, si encontráramos alguna, la distinción entre leyes que expresan un resultado y las reglas de acción que producen uno debería marcarse cuidadosamente. Kaplan, al igual que Hoffmann, escribe como si los actores produjeran un determinado resultado solamente si se sienten motivados para hacerlo. En el caso de Kaplan, esto resulta más sorprendente, pues afirma seguir la teoría general de los sistemas y una de sus proposiciones básicas es que las limitaciones sistémicas modifican el efecto que produciría una causa en ausencia de esas limitaciones. Kaplan no ofrece ninguna razón para la identificación de motivos y consecuencias. Un buen ejemplo de lo que origina el hacerlo se halla en el ensayo de uno de los ex-discípulos de Kaplan. Erróneamente conducido por la teoría, el autor se sorprende al descubrir lo que de otro modo debería haber esperado: que las ciudades-Estados italianas del siglo quince y del siglo catorce no cumplieron con la regla 1 y la regla 4 de Kaplan (Franke, 1968, pp. 427, 436, 439).

Diferentes problemas aparecen en los diversos sistemas de Kaplan, pero los que he señalado hasta el momento son comunes a esos cuatro sistemas que pueden ser apropiadamente denominados internacionales.¹⁰ ¿Cómo surgen estos problemas? La respuesta general es que Kaplan no ha logrado desarrollar los conceptos que le permitirían flexibilizar los recalcitrantes materiales de la política internacional, haciéndolos encajar en el marco preciso y exigente de un enfoque sistémico. Las demandas especiales de un enfoque sistémico deben ser satisfechas si es que el enfoque pretende contener la posibilidad de desarrollarse en una teoría en vez de ser un mero recurso taxonómico que emplea un vocabulario extraño.

Es evidente desde el principio que Kaplan no logra satisfacer estas demandas. Define un sistema de acción como “un

⁹ Weltman (1972) critica incisivamente la arbitraria derivación de reglas que hace Kaplan.

¹⁰ Es decir, que no se aplican a los sistemas universales ni jerárquicos. Las reglas de estos últimos son diferentes en clase a las de un sistema internacional, pues existen agentes para aplicarlas (ver 1964, pp. 45-50).

conjunto de variables tan relacionadas, en contraste con su contexto, que las regularidades de conducta descriptibles caracterizan las relaciones internas de las variables individuales con las combinaciones de las variables externas". Un sistema, añade, "tiene una identidad en el tiempo" (1964, p. 4). A partir de esta definición, que no es mala, se le requiere, primero, que defina el sistema, que indique el contexto del sistema y que marque los límites entre ellos; y, segundo, que defina el sistema de la estructura de modo que la identidad del sistema sea discernible de las variables internas y de sus interacciones. Estos dos problemas no se resuelven.

Primero, Kaplan mezcla, o confunde, sistemas internacionales con sus contextos. Al escribir acerca de modelos sistémicos, Kaplan ha dicho: "Las reglas de transformación enuncian los cambios que ocurren dentro del sistema a medida que se producen, a través de la frontera del sistema, impulsos diferentes de aquéllos requeridos para el equilibrio, que desplazan al sistema hacia la inestabilidad o hacia la estabilidad de un nuevo sistema" (1969, pp. 212-13). ¿Pero dónde se halla el límite entre un sistema internacional y su contexto, o entre un sistema internacional y otros sistemas, y qué es lo que puede proceder del exterior? Según la definición de Kaplan, todas las cosas importantes para los sistemas internacionales se hallan dentro de ellos, y sin embargo escribe acerca de los parámetros de un sistema internacional que es "cambiado por perturbaciones procedentes del exterior del sistema" (prefacio de 1964). ¿Cuál es el contexto, y cuáles son los otros sistemas de los que podrían proceder las perturbaciones?

El lector debe preocuparse por hallar una respuesta por sí mismo, pues Kaplan no describe un contexto, ni establece un límite ni indica de qué modo se podría concebir otro sistema coordinado con un sistema internacional. Dos de sus "variables" parecen operar a nivel sistémico. Ellas son las reglas esenciales y las reglas de transformación. En este punto Kaplan nos atrapa en un círculo. Si por el momento aceptamos como coherentes las reglas esenciales, entonces a partir de las definiciones y suposiciones de Kaplan cualquier sistema permanecería indefinidamente en equilibrio (es decir, en equilibrio estable) mientras los Estados siguieran esas reglas. Esto es así simplemente porque Kaplan ha igualado la motivación y la conducta de los actores

con los resultados de sus acciones. Las reglas de transformación entran en acción sólo “cuando las condiciones contextuales son tales que se inducen cambios en la conducta característica, es decir, en las reglas esenciales” (1964, p. 10). Pero, en cualquier sistema determinado, no se producirán cambios de las condiciones contextuales mientras los actores sigan las reglas esenciales. Esto es así ya que la expresión “condiciones contextuales” se refiere al contexto de los Estados, no al contexto del sistema. El contexto de los Estados es, por supuesto, el sistema internacional, que permanece inmutable mientras los Estados sigan respetando las reglas esenciales. Ése es el círculo.

¿Cómo romper este círculo? ¿Cómo es posible el cambio? Kaplan menciona que los cambios pueden originarse en estados previos del sistema, pero al escribir acerca de política internacional no se ocupa de esa posibilidad en términos formales o sistémicos. En realidad, para él el origen del cambio de los sistemas internacionales radica en la conducta de los actores, específicamente en el hecho de que quebranten las reglas esenciales. Los Estados mismos son la fuente de las “perturbaciones exteriores del sistema”. Para Kaplan, entonces, los Estados, en uno de sus aspectos, ¿son el contexto del sistema internacional! ¹¹ No es raro entonces que no haya logrado concebir el sistema internacional en relación con su contexto de una manera útil, o de establecer un límite entre ellos. Kaplan no ha logrado satisfacer el primero de los requerimientos que ya hemos mencionado.

El segundo requerimiento —el establecimiento de la identidad del sistema internacional— le resulta igualmente dificultoso. La dificultad se advierte al observar el otro modo en que Kaplan considera a los Estados: no como contexto de un sistema internacional sino como subsistemas de ese sistema. Los Estados, al ser en sí mismos sistemas además de ser subsistemas del sistema internacional, pueden ser considerados sistemas en donde se originan las perturbaciones. Las tensiones, las disfunciones, los acontecimientos desestabilizadores deben, según las definiciones de Kaplan, surgir de los actores, ya sean considerados como contexto o como subsistemas. El sistema internacional, según palabras de Kaplan, “tiende hacia el polo dominante del

¹¹ El punto está bien desarrollado en Hessler, cuya obra ha sido útil también para gran cantidad de temas de esta sección.

subsistema". Piensa, por ejemplo, en su sistema de "equilibrio de poder" como "subsistema dominante" porque "las reglas esenciales del sistema internacional del 'equilibrio de poder' están subordinadas a los sistemas nacionales individuales" (1934, pp. 17, 125, 129).

En este caso, como tan a menudo ocurre, el lenguaje de Kaplan es laxo e impreciso hasta el punto de confundir al lector. En la misma página, escribe acerca de que los subsistemas comparten el dominio y acerca de que los subsistemas esenciales participan "de un equilibrio de algún modo similar al del mercado oligopólico" (1964, p. 17). La mente se confunde ante la idea de que los subsistemas sean dominantes, por no hablar del hecho de que compartan ese dominio. ¿Qué otra cosa podría ser el dominio de los subsistemas más que la negación de un enfoque sistémico? Más aún, un mercado oligopólico no es aquél en que las firmas son dominantes sino más bien un mercado en el que, contrariamente a la noción de dominio, el grado de influencia ejercida por las firmas es indeterminado. En economía, dado que tanto el concepto de mercado como el del contexto de las firmas están bien definidos, el grado de influencia ejercido por el mercado y el grado de influencia ejercido por las firmas pueden ser perfectamente investigados. En el caso de Kaplan, jamás se desarrolla una definición clara ni operacional del contexto de los Estados, y ninguna definición de ese contexto se da en relación con los Estados que lo forman, siendo, no obstante, diferentes. Así, Kaplan no ofrece ningún medio de investigar el grado de influencia ejercido por el sistema ni tampoco por los subsistemas. Por lo tanto, debe contentarse con producir afirmaciones débiles acerca de que los sistemas o los subsistemas tiendan a ser, o son, dominantes.

Ahora podemos ver cuáles son las consecuencias de la incapacidad demostrada por Kaplan con respecto al segundo requerimiento. Definir un sistema como un conjunto de variables relacionadas, etc. requiere que digamos por qué una determinada reunión de variables constituye un sistema. El autor nos dice: "Como un sistema tiene una identidad a lo largo del tiempo, es necesario describirlo en varios momentos, es decir, describir sus estados sucesivos. También es necesario situar los cambios de variables que dan lugar a los diferentes estados sucesivos" (1964, p. 4). Perfecto, pero el criterio que ofrece para fijar la identidad

de un sistema es débil e incompleto. Obviamente, no tenemos ningún sistema si no es posible describir sus diversos estados ni especificar cuáles son las variables que los producen. Pero decir simplemente eso deja de lado la cuestión prioritaria acerca de qué es lo que hace que un conjunto sea un conjunto en vez de ser una mera reunión de variables. Kaplan acentúa la importancia de esta cuestión, en vez de responderla. Sus “modelos” de cada uno de los sistemas no son en realidad modelos sino simples agrupamientos de variables presuntamente importantes para la comprensión de la política internacional. Las variables de un sistema representan su contenido. Tal como señala otro Kaplan, Abraham, “cuando un sistema es un modelo de otro, ambos se asemejan en *forma* y no en contenido”. Las propiedades estructurales, agrega, son muy abstractas, “pues sólo se refieren a aquellos rasgos de las relaciones que son totalmente independientes de las cosas particulares que se presentan en esas relaciones” (1964, pp. 263-264). Morton Kaplan, sin embargo, ni siquiera se preocupa por el problema de la forma. Esta carencia de preocupación es consecuencia natural de su enfoque de los sistemas de acción. No piensa en sistemas diferentes en términos de estructuras diferentes sino que los categoriza “en una escala integradora” (1964, p. 21). Esto ayuda a explicar su confusa afirmación de que “la teoría —en particular las teorías sistémicas— permite la integración de *variables* de diferentes disciplinas” (prefacio de 1957; el subrayado es mío). Las variables de los diferentes campos, habitualmente, difieren en contenido. Aunque la sustancia sea diferente, es legítimo el préstamo entre campos si ambos son homólogos. La semejanza de la forma es lo que permite aplicar teorías y conceptos de una disciplina a otra. En esa clase de préstamos radica una contribución posiblemente importante para la teoría sistémica. El préstamo de variables, cuando es posible, no produce ningún tipo de progreso en la empresa intelectual, pues el hecho de que las variables puedan “prestarse” es fundamentalmente una cuestión empírica. Como Kaplan no ha resuelto el problema de la identidad del sistema —el problema de definir su estructura o su forma— no puede aprovechar una de las ventajas ofrecidas por un enfoque sistémico, que es la posibilidad de aplicar teorías similares a reinos diferentes.

El fracaso de Kaplan en su intento de establecer la identi-

dad de un sistema diferenciándolo tanto de su contexto como de sus partes limita severamente las cuestiones que su enfoque puede manejar. Frecuentemente, se pregunta cuál será el efecto ejercido por la conducta de los Estados sobre un sistema internacional. No puede invertir la pregunta, pues no tiene ningún concepto de la estructura del sistema actuando como límite organizativo sobre los actores, un límite cuyo efecto esperable variaría de un sistema a otro. Como no está en condiciones de decir en qué modo el sistema afectará a los actores, sus explicaciones o predicciones sólo pueden referirse al sistema mismo —sus condiciones de equilibrio, su grado de estabilidad y sus posibles transformaciones (1964, prefacio).

Vale la pena explicar cuidadosamente los límites inherentes al enfoque de Kaplan, ya que los puntos involucrados son fundamentales para cualquier enfoque sistémico. Enunciarlos aquí ayudará a resumir y a reforzar lo que ya he dicho acerca de los sistemas.

Aunque alega seguir los lineamientos de un enfoque sistémico, Kaplan, al igual que muchos otros, no logra distinguir la interacción de las unidades y su disposición. Sitúa la relación de los Estados, en el sentido de sus interacciones, a nivel sistémico. Esto es claramente perceptible en la manera en que separa los sistemas bipolares laxos de los severos, y esa distinción depende de la severidad de las líneas de alianzas (1964, pp. 36-45). En otro punto fundamental parece eludir la reducción del nivel sistémico al de la unidad, aunque las apariencias acaban por ser desafortunadamente engañosas. Declara que sus sistemas son válidos para cualquier clase de Estados, pues a nivel sistémico no tienen ninguna importancia las identidades particulares de los Estados. Sin embargo, si el sistema está concebido de manera tan vaga como para no ofrecer casi explicación acerca de la conducta de los Estados, la respuesta a esa pregunta crucial para Kaplan —si los Estados seguirán o no sus reglas— dependerá de manera absoluta de cómo son esos Estados. En términos de los atributos de los Estados, así como en términos de sus interrelaciones, el enfoque acaba por ser reduccionista. Como Kaplan se centra en la función y el proceso, su atención se concentra en la conducta y en la interacción de los Estados. Las proposiciones que presenta son acerca de las unidades y sus tomas de decisión y las reglas que éstas siguen, y no se refieren al efecto que ejer-

cen sobre esas unidades los diferentes sistemas internacionales (1964, capítulos 5 y 6). Una vez más, un enfoque explícitamente sistémico acaba por ser reduccionista.

El método de Kaplan es en realidad el método clásico de investigación del carácter y las interacciones de las variables, con el agregado de que esas interacciones se toman como descripciones del sistema. Así, podemos proceder analíticamente. Si esto es cierto, los críticos de Kaplan que han hallado sus elaboradas construcciones y sus procedimientos inadecuados estarán en lo cierto. Como esta crítica es válida, podemos ejemplificarla de muchas maneras. Elegiré solamente una: la noción que presenta Kaplan de "feedback". El concepto está tomado de la cibernética, donde se lo define de la siguiente manera: cuando "deseamos que un movimiento siga un esquema determinado se usa la diferencia entre ese esquema y el movimiento verdaderamente producido como nuevo impulso de entrada destinado a hacer que la parte regulada se desplace de manera tal que su movimiento sea lo más cercano posible al que establece el esquema" (Wiener 1961, pp. 6-7). Según esa definición, el "feedback" solo opera dentro de una organización; es decir que la noción de "feedback" no tiene significado técnico preciso fuera de un orden jerárquico (Bertalanffy 1968, pp. 42-44; Koestler 1971, p. 204). El ejemplo favorito de Kaplan —y de casi todo el mundo— de un termostato que regula un horno de modo de mantener la temperatura casi constante es coherente con la definición de Wiener y con lo que ella entraña —un controlador y un instrumento controlado que producen un resultado particular. Pero en relaciones internacionales, ¿qué es lo que corresponde a esas nociones? ¡Nada! Kaplan simplemente utiliza la palabra sin ninguna preocupación por su corrección formal. La palabra "feedback", entonces, tan sólo implica que en determinadas condiciones ciertos Estados probablemente cambien sus políticas en respuesta a los movimientos de otros Estados, cuyos movimientos ulteriores, a su vez, serán afectados por esos cambios (1964, p. 6). Pero esa idea no presenta nada nuevo y tampoco implica un concepto claro. El termostato y el horno se han confundido. Son uno solo. No hay idea de un controlador aparte del actor controlado.

Desafortunadamente, debemos estar de acuerdo con Charles McClelland: Kaplan ha popularizado la teoría sistémica y, a la

vez, la ha tornado misteriosa (1970, p. 73). Su obra es más un enfoque y una taxonomía que una teoría. Pero el enfoque está colmado de enigmas que, a causa de las contradicciones y las inadecuaciones conceptuales, el lector no puede resolver. Por las mismas razones, la taxonomía no es de gran utilidad. En resumen, y en orden ascendente de importancia, las tres dificultades que enunciarnos a continuación son de gran importancia:

1. Por identificar su sistema principal, el equilibrio de poder, con la situación histórica de rivalidad entre más o menos cinco grandes poderes, Kaplan oscurece el hecho de que la teoría del equilibrio de poder se aplica en todas las situaciones en las que coexisten dos o más unidades dentro de un sistema de auto-ayuda. Con un nuevo lenguaje, Kaplan perpetúa los perennes errores acerca de la teoría del equilibrio del poder y hace más difícil ver que en política internacional el equilibrio del poder es simplemente una teoría del resultado de la conducta de las unidades en situación de anarquía (ver más adelante, capítulo 6, parte III).

2. Sólo debemos desarrollar un enfoque sistémico en el caso de que operen causas a nivel sistémico. En ese caso, debemos mantener cuidadosamente fuera de la definición de estructura los atributos y las interacciones de las unidades del sistema. Si no lo hacemos, no podremos ofrecer ninguna explicación a nivel sistémico. Ni siquiera podremos determinar en qué medida el sistema afecta a las unidades. Ya he indicado que los atributos y las interacciones entran, en la obra de Kaplan, al nivel sistémico. En este punto, como ocurre con frecuencia, el autor es inconsistente. Tras haber negado explícitamente que los atributos tuvieran un lugar dentro de la estructura, los hace entrar en ella subrepticamente por medio de sus reglas. En su sistema de equilibrio de poder, las relaciones no están aparentemente incluidas a nivel sistémico —por ejemplo, no cae en el error común de describir los grandes poderes políticos anteriores a la Primera Guerra Mundial como bipolares (1966, pp. 9-10). No obstante, sus sistemas bipolares laxo y severo logran una identidad especial precisamente por medio de las diferencias de las relaciones, es decir, por medio de las diferencias de las características de los bloques.

No se puede extraer parte de la explicación de la formación, la importancia y la duración de los bloques o las alianzas de la consideración del tipo de sistema que prevalece, si los sistemas están ellos mismos diferenciados en parte según sus características relacionales. En su sistema de equilibrio de poder, Kaplan sigue esta lógica; no lo hace en sus sistemas bipolares laxo y severo. Sin duda, la confusión de Kaplan en este importantísimo punto ha ayudado a perpetuar la costumbre de incluir configuraciones de alianzas en la estructura de los sistemas internacionales. Con desalentadora frecuencia, las cosas que deseamos explicar —la intensidad de las tendencias a formar alianzas, la facilidad con que estas alianzas son mantenidas o alteradas— se confunden con aquello que podría ayudar a explicarlas. Se podría sospechar que la obra de Kaplan, que se cuenta entre los primeros escritos sistémicos acerca de política internacional, tiene parte de responsabilidad por esta difundida confusión.

3. Un enfoque sistémico sólo se requiere si la estructura del sistema y sus unidades interactuantes se afectan mutuamente. Un enfoque sistémico es exitoso solamente si los efectos estructurales están claramente definidos y exhibidos. Según Kaplan, el sistema político internacional es abierto. En un sistema abierto, la estructura de ese sistema puede determinar los resultados independientemente de los cambios de las variables y a pesar de la desaparición de algunas de ellas y la emergencia de otras.¹² Dentro de un sistema determinado, diferentes “causas” pueden producir el mismo efecto; en sistemas diferentes, las mismas “causas” pueden tener diferentes consecuencias. El efecto de una organización, en resumen, puede predominar sobre los atributos y las interacciones de los elementos que la componen. Lejos de predominar, la estructura de un sistema actúa como límite de las unidades del sistema. Las dispone a comportarse de cierta manera y no de otra, y es por eso que el sistema se mantiene. Si las fuerzas sistémicas son insuficientes para esta tarea, el sistema desaparece o se transforma. Kaplan, no obstante, no desarrolla el componente distintivamente sistémico de su enfoque sistémico. Como ocurre con frecuencia en el caso de los

¹² Esta es la noción de “equifinalidad” que se produce si se alcanza el mismo estado final partiendo de diferentes condiciones iniciales (Bertalanffy, 1968, pp. 131-149).

científicos políticos, el concepto estructural es débil o está ausente, y se exaltan el proceso y la función. El autor, por cierto, hace explícita esta limitación de su enfoque cuando describe a los sistemas internacionales como subsistemas dominantes. Un subsistema dominante no es ningún tipo de sistema. Una vez más nos hallamos ante el caso de llamar sistémico a un enfoque esencialmente reduccionista.

Los estudiosos de política internacional que alegan seguir un enfoque sistémico caen dentro de dos categorías. Algunos simplemente usan términos como "sistema" y "estructura" como palabras de moda dentro de la siempre cambiante jerga del campo. Sus análisis de los acontecimientos internacionales y de las relaciones de los Estados no serían diferentes si se omitieran esos términos.

Otros científicos políticos moldearían su obra a partir del modelo de los sistemas generales. La presencia de efectos sistémicos, sin embargo, no significa en sí misma que el reino de la política internacional pueda ser definido como sistema en el sentido en el que ese término es generalmente utilizado por los teóricos sistémicos. En ese caso, un sistema es una organización completa, establecida jerárquicamente con partes diferenciadas que desempeñan funciones específicas. El intento de seguir el modelo sistémico general ha sido desafortunado, pues nuestro tema no encaja perfectamente en ese modelo que, así, no nos resulta útil. La política internacional carece del orden articulado y de la organización jerárquica que tornarían apropiado un enfoque sistémico general.